

Idioma y literatura

Artur Lundkuist

A una persona como Lundkuist, procedente del campo, de un entorno culturalmente pobre, que conquista con su trabajo el idioma y la cultura, es lógico que lo veamos intervenir en defensa del idioma, la herramienta que nos hace posible pensar, como también lo es que se niegue a aplanar la cultura para hacerla popular. Este discurso presenta su posición en ambas materias.

Se ha dicho muchas veces que las tareas de la Academia Sueca cada vez se dedican más a cuidar la literatura y el idioma. Los miembros de la Academia utilizan todos la lengua escrita como su medio principal de expresión o campo de actividad, y la mitad de ellos se sirven de la lengua como medio artístico en su calidad de escritores.

Esta última categoría de escritores tiene una misión muy especial de cuidar el idioma por su activa participación en la evolución del mismo, tanto en su renovación como en su continuidad, en su progresiva matización y su conservada agudeza: dicho en pocas palabras: en el mantenimiento de la lengua como un instrumento de precisión para procesos mentales, para la articulación del sentimiento y el refinamiento de las sensaciones, así como para una insustituible comunicación entre las personas.

A pesar de todos los asombrosos inventos técnicos, el idioma es y seguramente seguirá siendo, la creación más notable e imprescindible de la humanidad. El idioma es la condición misma para una mayor conciencia humana. Sin idioma no podemos pensar y tampoco sentir de una manera completa, porque también nuestros sentimientos se definen en gran medida por nuestras posibilidades lingüísticas de darles forma y dirección.

Esto debería ser evidente para todo el mundo, pero no parece que lo sea. Nos encontramos en cambio en una etapa en la que el idioma parece amenazado de maneras diferentes, tal vez más que nunca. Es profundamente inquietante observar cómo se desprecia y se descuida el idioma, junto con su principal soporte, la literatura.

Hay una tendencia no sólo notoria en la práctica sino también teóricamente consciente, de sustituir la lengua, sobre todo la lengua escrita y leída, por diferentes imágenes y composiciones de imágenes como es el caso de la televisión, del cine y también cada vez más de periódicos y publicaciones.

(...)

Tampoco faltan profetas electrónicos y tecnológicos de los medios de comunicación que proclaman que la época del libro ha pasado, que la escritura y la lectura están siendo sustituidas por comunicaciones televisivas. Se vaticina que medios de comunicación de masas, de alcance global, van a conducir a una forma nueva y mejor de comunidad humana, en la que ya no habrá distancia alguna entre vida inmediata y creaciones artísticas: es decir, estas últimas desaparecerán en la forma en que ahora las conocemos y serán sustituidas por improvisaciones instantáneas, por un contacto inmediato de todos con todos.

Uno se imagina que la humanidad va a convertirse en un organismo colectivo único, cuya desbordante conciencia es compartida por todos y penetrada por impulsos de todas partes. Se declara victoriosamente que un millón de idiotas juntos pueden realizar lo que ningún genio individual es capaz de hacer. No debe existir la creación individual, ello no es más que una manifestación reprobable de individualismo y de aislamiento del prójimo.

(...)

Pero vuelvo a una realidad más cercana. Ahí se encuentran muchos signos de una crisis o de una situación de emergencia lingüística. Hay quejas

de que la literatura es difícil y exigente, muchos se refugian en lecturas de entretenimiento muy simples, con frecuencia de vulgar sensacionalismo. Las páginas culturales de los periódicos se tambalean bajo la presión de una amplia opinión que quiere suprimirlas totalmente o sustituirlas con noticias superficiales, información al consumidor fácil de comprender.

(...)

Se manejan también conceptos capciosos como cultura elitista y cultura popular. Como cultura elitista se cuenta entonces, por lo que se ve, la capacidad de leer en un sentido medianamente aceptable. A la cultura popular parece que sólo le quedan los medios de imagen y la lectura más elemental. Ahí se crea una división, de modo que hay un estrato de personas que verdaderamente saben leer y expresarse por escrito y oralmente con más o menos habilidad, mientras que otro estrato de la población, incomparablemente mayor, no puede hacerlo. El riesgo está en que así se forma un enorme proletariado de la lengua, separado de la literatura y de la mayor parte de la cultura por medio de una nueva especie de diferencia de clase. Es una tendencia que, de manera singular, está en abierta contradicción con la igualdad general en lo que se refiere al estándar de vida material.

(...)

Lo que es extraordinariamente significativo es que hay una relación entre la lengua escrita y la lengua hablada, de modo que se equilibran y modifican, se estimulan y refuerzan recíprocamente. Yo creo que forma parte de los primeros deberes de los escritores hacer valer la precisión y las

matizaciones de la lengua escrita frente a los vulgarismos y expresiones populares mostrencas de la lengua hablada, pero también adoptar elementos de la lengua hablada que son realmente vitales y enriquecedores. Esto último es, no obstante, arriesgado: lo que los escritores pueden ganar ocasionalmente en pretendido "populismo" haciendo atolondradas concesiones a los vulgarismos, lo pierden pronto y han contribuido con ello a la degradación de sus propios medios de expresión, de su instrumento lingüístico.

La influencia del exterior, de los grandes idiomas mundiales cercanos, implica también peligros. Estamos constantemente expuestos a un flujo permanente de términos técnicos, más o menos internacionales e inevitables. Pero peor es, y además innecesaria, la cantidad de expresiones del mundo de los negocios y la publicidad que se abren paso desde otros idiomas y se apoderan de un lugar más que discutible en el sueco. Hay sin embargo otra especie de influencia lingüística exterior que contribuye a renovar la lengua sueca, a aumentar su elasticidad y su fuerza expresiva a través de figuras estilísticas más atrevidas y estructuras más flexibles. Esto viene ocurriendo desde hace mucho tiempo, tal vez desde siempre, pero parece que se ha intensificado en la última época. Se ha visto, entre otras cosas, en el hecho de que obras que unas décadas antes se consideraban prácticamente intraducibles se han podido escribir en sueco con éxito, por ejemplo el *Ulyses* de Joyce, la gran novela de Proust o las novelas más difíciles de Faulkner.

La indiferencia por la lengua, el maltrato de la lengua con la consiguiente indiferencia u hostilidad hacia la literatura: tales cosas pertenecen en gran medida a la política y a la politización. Políticos y personas que hacen política, abusan de la lengua de forma notoria. Ocurrió en la Alemania nazi hasta tal punto que los escritores, después, tuvieron que dedicar décadas a una depuración del idioma.

La politización nos ha traído también una serie de ideas que, en

gran parte, parecen prejuicios y errores de carácter generacional. Ahí entra la animadversión hacia lo que llaman alta cultura y valores elitistas, en favor de una supuesta revolución cultural que se enfrenta a todas las manifestaciones culturales más desarrolladas. Se habla exaltadamente de "el pueblo" como algo casi metafísico, pero eso no es más que una frase propagandística, una forma de confundir los conceptos. En nombre de "el pueblo" aparecen sus autodenominados representantes y exigen una nivelación total, una uniformidad según el principio del mínimo denominador común. La cultura no sólo debe ser *para* todos sino *igual* para todos, incluso aunque en tal caso deje de existir.

Algo bueno hay, o había al principio, en esta reacción. Y es que la cultura, y sobre todo la literatura, debe estar al alcance de quien quiera y pueda hacerla suya. Pero tiene que haber, desde luego, muchos niveles diferentes, una riqueza de posibilidades para elegir. Todo no es ciertamente para todos y nunca lo será. En otro caso se correría el peligro de que no hubiera nada para nadie.

El concepto mismo de democracia sufre grave maltrato en este contexto. La democracia no se puede entender como igualdad al nivel más bajo, sino como posibilidades iguales para todos de desarrollarse y de llegar a la altura de la que sea capaz cada uno. Una posición contraria es una traición a la noción más profunda de la democracia, una auténtica deslealtad hacia la justa reivindicación de "el pueblo" de unas condiciones de vida más ricas y variadas.

(...)

Se dan al mismo tiempo una serie de ilusiones revolucionarias frívolas, expectativas de cambios sociales rápidos y totales. Y se exige que literatura y arte sean instrumentos directos para esas transformaciones, en otro caso se despoja a ambos de toda importancia, de toda razón de existir. Alguien, de hecho un escritor, lo ha formulado así: Literatura que no sirve directamente a la revolución carece

de valor y cuando se ha realizado la revolución es superflua.

Ante semejante confusión no debería ser necesario polemizar, pero entraña sus riesgos dejarlo sin respuesta. La misión y la posibilidad de la literatura consisten, por supuesto, en influir y transformar al hombre, en profundizar su conocimiento y su sensibilidad, ampliar la conciencia de sí mismo y de su entorno, incluida también la sociedad y la forma en que esta funciona. Ese desarrollo de las capacidades humanas puede muy bien servir a los cambios sociales, pero no provocarlos directamente. Lo que hay que cambiar en lo exterior, hay que prepararlo desde dentro. Y ese proceso no termina en absoluto llevando a cabo la revolución social, ese proceso es entonces quizá más necesario que nunca para que no se estanque o se corrompa el cambio social logrado. A estas alturas, eso ya deberíamos saberlo.

(...)

Hay demasiada *fe* en la mayor parte de los casos, *fe* casi en cualquier cosa, *fe* como huida de una realidad difícil y aterradora.

Y quisiera terminar volviéndome contra la *fe* como traidora y mortal. Naturalmente que la *fe*, en determinadas circunstancias, puede ser una fuerza grande y valiosa, pero no mueve montañas, no puede entrar en conflicto directo con las exigencias de la realidad. La *fe* política ha sustituido ahora, en buena parte, a la religiosa y es a su manera mucho más peligrosa. Conduce con terrible frecuencia al fanatismo ciego, al terror y a enfrentamientos sin sentido. Pero, sobre todo, aleja de una visión objetiva de la realidad y desemboca en acciones equivocadas y dañosas en lugar de favorecer las medidas sensatas necesarias. Se puede entender que, en estos tiempos, los jóvenes especialmente tengan necesidad de creer. Es en extremo lamentable que caigan víctimas de esa necesidad de *fe*.

Discurso pronunciado por Artur Lundkvist ante la Academia sueca el 20 de diciembre de 1971

(Traducción de Marina Torres)